odiar con demasiada violencia. Reserva tus medios para un caso supremo, y déjame salir del asunto por mis procedimientos propios, que no son para desdeñados.

—Si es preciso seducir, triunfaréis.

—Y no podrán nada en contra todas las Teresas del mundo.

Al hablar así se había levantado, y su peinador entreabierto dejaba ver su garganta redonda y nacarada. Los brazos, firmes y brillantes como el mármol bruñido, salían de las amplias mangas y mostraban el tono ambarino y encendido de su piel hacia los hombros. Sus rizosos cabellos cubrían su espalda con una ola negra. Brillaba en sus ojos una mirada victoriosa, y su boca de rosados labios sonreía con aire de provocación. Estaba tan radiante de este modo, con una belleza tan voluptuosa y tan potente, que la mulata, como ante un ídolo, se puso de rodillas, y bajando su cabeza bronceada, con devota admiración, besó sus pies desnudos.

IV

A cosa de las dos, después de haberse hecho preceder de dos líneas anunciando su llegada á la señora de Saint-Maurice, Raimundo se presentó en la *villa* de Beaulieu. Su tía le esperaba en el salón, junto á la chimenea, tiritando á pesar del hermoso sol que entraba por todas las ventanas. Al ver al marino lanzó una exclamación de alegría, y tendiéndole los brazos con efusión maternal:

—¡Ah, querido hijo mío! ¡Qué dicha, qué sorpresa! Volvéis como os fuísteis: de improviso. Pero esta vez no se trata de llorar, sino de regocijarse.

Veamos, ¿cómo reaparecéis..... ¿Estáis en buen estado?.... ¿Y esa herida?

—Curada por completo, mi querida tía..... En el momento de partir estaba ya convaleciente..... Seis semanas de mar han acabado de ponerme bien..... ¿Y aquí está todo el mundo con buena salud?.... ¿No ha cambiado nada después de mi marcha?

Al hacer esta pregunta, observaba á la señora de Saint-Maurice, ávido de saber si habría turbado su pensamiento alguna sospecha de las misteriosas intrigas sorprendidas por él. La buena señora no parpadeó. Su gimiente indolencia la hacía inapta para toda preocupación extraña á sí misma. Las dos jóvenes habían vivido á su lado sin que ella notase en su actitud nada sospechoso. Ni la dulce melancolía de la una, ni las ardientes fantasías de la otra, habían herido sus ojos. No se había cuidado más que de su bienestar personal.

Mientras que Raimundo, escuchando la charla de su tía, hacía estas reflexiones, abrióse la puerta y entró Teresa. Raimundo, que se había levantado bruscamente, la vió llegar, y con un vivo asombro la encontró tan igual á como estaba cuando la había dejado, que le pareció que eran ocho días y no dos años los que habían transcurrido desde su partida. El mismo delicado aspecto de niña de dieciséis años, el mismo grave candor de la sonrisa, la misma limpidez azulada en los ojos. La que tenía ante sí no era solamente una joven, sino una virgen con toda su tranquilidad inmaculada.

Le impresionó hasta el punto de permanecer inmóvil y mudo, con el corazón oprimido por una extraña duda. Hubo necesidad de que su tía, asombrada de su reserva y de su silencio, le dijera:

—¡Y bien, Raimundo, antes os abrazábais!

Comprendió entonces que hacía mal, que podía comprometer á su prima con su actitud. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, la tendió los brazos, la trajo hacia sí y le dió un beso en su pálida frente, coronada de rubios cabellos finos y suaves como la seda. Quedó envuelto en un púdico y delicado perfume de verbena que de ella emanaba, y de nuevo notó la sensación de la pureza y de la castidad. Teresa habló; y su voz tierna, un poco velada, no le pareció hecha para suspirar los juramentos de los amores prohibidos. Era la misma con que la oía rezar cuando era pequeña. Llegaba ésta á sus oídos tan clara que escuchaba los infantiles acentos: «Dios te salve, María; llena eres de gracia»..... Y la volvió á ver de rodillas, al lado de su madre, las manos juntas, tan atenta y tan llena de fervor. Y otra vez más tuvo claramente la impresión de que Teresa era siempre la misma: inocente y pura.

Miróla fijamente, y en los ojos de la joven, que se nublaron de pronto, brillaron las lágrimas, y sus mejillas se encendieron. Pero las lágrimas y el rubor no los producía la vergüenza. Parecióle á Raimundo leer en el rostro de Teresa una especie de afectuosa compasión. Ella tenía respecto de él, la actitud que él habría querido tener respecto de ella. Ella era la que tenía el aire de compadecerle, y él no sabía de qué modo expresar su conmiseración, ni con su fisonomía ni con sus palabras, como si sintiera que la piedad no tenía objeto.

Encontróse tan embarazado, tan inquieto, sufría tanto en aquel estado de espíritu, que tuvo la idea de llevar á Teresa al hueco de una ventana, y allí con autoridad, en algunas palabras bruscas,

hacerla hablar, violentar, si era preciso, su conciencia, para arrancarle una confesión definitiva que aclarase sus dudas. Si lo hubiera hecho, quizás Teresa, en la emoción de aquel primer encuentro, habría dejado escapar su secreto. Raimundo alzó el brazo para cogerla, y abrió la boca para formular una pregunta imposible de eludir. Pero su brazo cayó, su boca siguió cerrada; todo su pensamiento, todo su corazón, su ser entero fueron dominados por un poder superior: acababa de aparecer Lydia.

La metamórfosis era completa en ella. Raimundo la había dejado niña, y la encontraba mujer. Aquella criatura adorable en el florecimiento de su belleza, le miraba sonriendo. Había escogido hábilmente para su primera entrevista un traje muy sencillo. Y la modestia de su compostura hacía resaltar la voluptuosa redondez de sus hombros, y toda la atrevida flexibilidad de su talle. Le tendió las manos, y él casi cayó á sus pies apoyando su frente en sus dedos finos y blancos. En la turbación que aquella operación le produjo, Raimundo no había notado la palidez ambarina del rostro, acentuada más por la negrura de los húmedos ojos; ni el pliegue apasionado del labio, ligeramente sombreado de vello; ni había advertido el violento perfume de heliotropo que se exhalaba del cuerpo de Lydia. El timbre grave, un poco ronco, de su voz, no le asustó. Estaba enloquecido, deslumbrado, encantado. La contemplaba, la admiraba, la deseaba con todas las fuerzas de su ser.

—Sed bien venido, Raimundo. Vuestro regreso me hace muy feliz.

El pobre marino era fácil de contentar, puesto que se satisfizo con aquella glacial acogida, él, que

durante las largas horas de la travesía, había soñado con que ella se arrojaría á su cuello y que lloraría de alegría en sus brazos. La que habría llorado, la que una palabra habría atraído á su pecho, era Teresa. Pero ya no la veía, ni siquiera sabía si estaba presente. Lydia, radiante, lo eclipsaba todo. La voz de la señora de Saint-Maurice disipó aquel encanto:

—Explicadme, sobrino, cómo llegáis así sin anunciaros..... Vuestra última carta dejaba preveer vuestro regreso á Francia, pero sin fijar una fecha tan próxima.

Y Raimundo tuvo que contar á la anciana señora las diversas fases de su convalecencia y precisar el feliz concurso de circunstancias que, llevando á un oficial de su grado al lado del comandante en jefe, le habían permitido obtener su licencia. Se refirió también á los últimos acontecimientos en que había tomado parte, el combate de Min y el bombardeo de Fou-Tcheou, después la invernada tan dura en Kelung y los combates continuos. No notó las señales de aburrimiento de Lydia, no veía más que sus negros ojos fijos en él con afectación de interés. Las sinceras palpitaciones de Teresa, profundamente conmovida por su relato, no las notaba.

La pequeña Cenicienta desapareció una vez más entre los resplandores de su rival. Terminado lo que Lydia llamó, bromeando, «el examen del libro de abordo», se levantaron los jóvenes, y como si tuvieran prisa de encontrarse solos, enfrente el uno del otro, salieron al jardín. Teresa los acompañó con la mirada, pero no hizo ni un movimiento para seguirlos. ¿Para qué? No esperaba conseguir de Lydia que devolviera la libertad á

su prometido. Renunciaba á la esperanza de convencer á Raimundo. Entre la persistencia de la una y la ceguedad del otro, juzgábase impotente. Iba á tener que dejar al único ser que quería en el mundo correr la aventura de la vida con aquel monstruo encantador. O bien llegar á extremos que la espantaban cuando se veía obligada á pensar en ellos: la denuncia—¿quién sabe?—acaso sin efecto. ¡Y entonces, el horror de pasar por una envidiosa y por una calumniadora! Y, sin embargo, conociendo el infame secreto, ¿había de dejar que se realizase aquella unión manchada de antemano?

Sentada junto á la mesa, delante de la cual leía su tía, Teresa daba vueltas, en su cabeza dolorida, á este horroroso problema. Y en el fondo del jardín, bajo los árboles, testigos de las citas con el desconocido, veía, cogidos del brazo, á Raimundo y á Lydia, paseando lentamente, diciéndose ternezas. ¿Qué hacer? ¿A qué solución inclinarse que no fuese espantosa? De una parte, ¿debía dejar que se realizase aquel matrimonio, y asumir la responsabilidad de las desgracias que serían su consecuencia? De otra, ¿debía deshonrar á Lydia, destrozar el corazón de Raimundo y exponerse á oirle contestar con su pasión irritada: «mejor quiero poseer á la infame que perderla?» Y era capaz de ello, sin perjuicio de ahogarla entre sus brazos en un rápido despertar de su conciencia.

Teresa analizaba la situación con perfecta lucidez, y buscaba la manera de desenlazarla sin hacer daño á nadie; porque todavía era indulgente, aun en aquella hora desesperada, la dulce y tierna niña. Pero en el daño que podía hacer veía grados. Así, entre el sufrimiento de Lydia y el de Raimundo no vacilaba. Habría sacrificado cien veces á Lydia.

Sin embargo, mejor habría querido sacrificarse ella misma. Dada la resistencia de la criolla y la locura de Raimundo, no había más que una solución posible: advertid á Raimundo. ¿Pero cómo resolverse á ello en aquel momento, y en qué términos? ¿Y cómo prevenir las consecuencias de aquella revelación?

Había que tener con el joven una nueva entrevista, y decisiva esta vez. El había dicho la víspera: «Mañana, más tranquila, me juzgarás con más equidad....» Podía, pues, abordar de nuevo la pavorosa cuestión. También había dicho: «Jamás te volveré á hablar del asunto.» Pero si él debía callarse por delicadeza, por indulgencia, por piedad, ella podía hablar. Y esto fué lo que resolvió.

El resto del día transcurrió tranquilamente. Raimundo, embriagado; la señora de Saint-Maurice, dichosa; Lydia, sonriente. ¡Oh! ¡Qué hipocresía enmascaraba de indiferencia el rostro de aquella joven que debía estar devorada de remordimientos y de cólera! Después de la explosión de dolor que le había producido el anuncio de la muerte del seductor misterioso, aquella tranquilidad inquebrantable y aquella gracia fácil, atestiguaban un singular dominio de sí misma. Teresa la observaba, y ni sus palabras, ni las ideas que exponía, ni el aspecto de su rostro, denunciaban embarazo ni esfuerzo. Engañaba y mentía naturalmente. Porque, si amaba al otro, debía odiar á Raimundo. Y si no le amaba, ¡qué baja y repugnante criatura era por haberle acogido! En cualquier caso, era bien peligrosa para Raimundo.

Y al mirar á aquel lindo monstruo emplear, para enloquecer al joven, todos sus medios de seducción, preguntábase Teresa qué objeto podía

proponerse Lydia. Por un instante entrevió la verdad: la criolla casándose con Ploerné para vengarse mejor de él. Pero no fijó su atención en esto. Era demasiado sencilla y demasiado buena para penetrar toda la perversa profundidad de aquel plan. Llegó á creer que acaso se había engañado y que Lydia habría dicho la verdad al afirmar que el hombre del jardín había abusado de su miedo y que no le había recibido nunca antes de aquella noche. En aquel caos de sus pensamientos, Teresa no perdía, sin embargo, de vista lo que constituía su preocupación única: hablar á Raimundo, informarse exactamente del estado de su corazón y obrar en consecuencia. Encontró el modo de acercarse al marino, mientras que Lydia estaba al lado de su madre, y de decirle:

—¿Queréis concederme algunos minutos mañana por la mañana? Me convendría hablar con vos.

El comandante la miró fijamente, y con una tristeza que hizo temblar á la joven de pena y de angustia:

—¿Tú lo quieres, Teresa?

—Sí, lo quiero.

—Pues bien: mañana á las seis en el jardín.

—Gracias.

Volvió Lydia y no pudieron hablar una palabra más. Habían dicho ya demasiado, porque la mirada de la criolla, siempre alerta, había sorprendido su rápido acuerdo. Sospechó que Teresa preparaba alguna mentira para enterar á Raimundo, y se prometió cuidado. Hasta el momento de su marcha no dejó un solo instante á su novio, y le vió alejarse con una verdadera satisfacción.

Ya en su cuarto, y mientras la desnudaba Leila, desahogó su corazón que rebosaba de rencor

y de cólera. ¡Qué largo le había parecido aquel día de disimulo y de mentira! Ciertamente que conseguía engañar; ¡pero á costa de cuántos esfuerzos! La inocente y dulce sonrisa que ocultaba el rechinar de sus dientes deseosos de morder, no la conseguía sino por una dolorosa contracción de sus nervios. La voz no la hacía acariciadora y amorosa, cuando se agolpaban á sus labios las injurias, sino modulando sonidos como una cómica que representa su papel. Su tranquila actitud, cuando habría querido saltar y huir, era el resultado de un estudio constante de sus gestos y de sus movimientos. En aquella criatura que Raimundo acababa de contemplar, de adorar durante largas horas, todo era ficticio, artificial, aprendido con una formidable asimilación, casi una presciencia del vicio y de sus picardías.

Y allí, desnudándose como una actriz que se quita su traje, descansaba de sus largos y duros esfuerzos, alentada á hablar por la criminal complacencia de su esclava.

—¿Lo habéis acariciado bien?

—Hasta la fatiga—contestó Lydia estirando sus hermosos brazos.—Ya era tiempo de que se fuera. Ya estaba yo sin fuerzas. ¡Pero está más loco que nunca! Y no sé, al verle tan tonto, qué es lo que me inspira: si desprecio ó rabia. Ha roto el porvenir que yo soñaba, pero me lo pagará bien caro.

—Es rico.

—También era rico Girani, y de mejor nobleza..... Se iba á casar conmigo y yo habría sido marquesa. ¡Oh, tan hermoso, tan fuerte, tan valiente, y muerto por ese miserable!

—Ya no hay que pensar en ese asunto.

Y cantó, con voz sorda y lenta, una canción de su país, en jerga negra, que quería decir:

«Los pájaros pían alegremente sobre las tumbas,—y las flores se abren allí hermosas.—Los muertos están acostados en la tierra—para dormir en ella tranquilos y olvidados.—¿De qué sirven las lamentaciones? Guardemos nuestras lágrimas para los dolores de la vida.»

—¿Qué me decías ayer?—replicó Lydia con aspereza.—No me aconsejabas el olvido.

—Ayer os veía agobiada y presta á abandonaros. He intentado devolveros el valor..... Pero los muertos, muertos están..... Y, como dice nuestra canción, hay que dejarlos dormir.

—Yo estoy viva, y he sido ofendida, herida, y devolveré ofensa por ofensa, herida por herida.

—Dormid, amita; el sueño os calmará, os hace hablar así la fiebre.

—¡Cállate!—dijo rudamente Lydia.—¿Me tomas por una loca y crees que cambio de ideas tan fácilmente? Desde hace veinticuatro horas he reflexionado mucho, y el proyecto que he formado no es el fruto de una cabeza trastornada..... Jamás he estado más segura de mí .... Y hé aquí lo grave..... En vez de casarme por amor me casaré por odio..... ¿Comprendes?

La mulata sonrió ligeramente.

—El hombre cambiará vuestras disposiciones. Iréis hacia él con pensamientos sombríos, y saldréis de sus brazos con pensamientos rientes..... Es una gran persona el conde Raimundo. Tiene el aire frío, pero no hay que fiarse de las apariencias: estas gentes son tigres con frecuencia. Cuando hayáis sentido las garras no os reconoceréis vos misma.

—¡El es quien sentirá las garras, y en medio del corazón!

—Dormid, amita: no os agitéis así. Dejadme taparos. Y buenas noches.

La mulata anduvo dando vueltas durante algunos momentos alrededor del lecho de Lydia, mirándola en la sombra de sus cortinas, pálida y con los ojos brillantes, y después se fué á la habitación de al lado. Lydia, poco á poco, cedió al sueño; y á su espíritu se presentaron las concepciones más extrañas. Encontrábase en París, en aquel mundo que no había hecho más que entrever, y reinando en él como soberana. Veía la villa, como á través de una niebla, iluminada por brillantes reflejos. Llegaban á sus oídos sonidos de música; y todo, luces y música, era para ella: todo la festejaba. Ella sonreía con benevolencia y se dejaba admirar. Era una soberana, y todos reconocían su poder, al cual nadie pensaba en sustraerse. Brillaba y dominaba, siempre arriba, aislada en su soberanía mundana, desprendida de todo lo que no era su orgullo.

De pronto, sus miradas, que se habían bajado hasta un rincón sombrío de aquel espléndido mundo donde triunfaba, quedaron impresionadas por el aspecto triste y dolorido de una pareja relegada á un lado. Y reconocía en aquel hombre y aquella mujer, á Teresa y á Raimundo. Con una señal imperiosa llamábalos á sus pies, pero ellos se volvían de espaldas y se negaban á acercarse á adorarla. Renovaba ella sus órdenes con cólera; pero ellos seguían alejados. Raimundo bajaba su frente pálida y surcada por el dolor. Teresa, con las manos juntas, rezaba. Entonces apoderóse de Lydia una rabia furiosa. Quiso obligar á aquellos

rebeldes á someterse, á doblar la cabeza en la universal adoración. Lanzóse hacia ellos para violentarlos y amenazarlos. Pero se desvanecieron como sombras, y se alejaron como arrastrados por un poder sobrenatural. Y siempre iban reunidos, dolorido el uno, rezando la otra, pero juntos. Y nada podía separarlos, ni los artificios ni las cóleras de Lydia.

En vano los perseguía ésta: no conseguía alcanzarlos. Olvidaba á la multitud de sus adoradores, y no gozaba del espectáculo de su triunfo. Empeñábase en dominar á aquellos dos rebeldes, en prosternarlos á sus plantas. Pero ellos, más impalpables, á medida que trataba de alcanzarlos, perdíanse, siempre unidos, en lo profundo del cielo. Y parecíale á Lydia que sonreían, y que al escapar de ella, se consolaban el uno al otro. Entonces, acometida de una cólera sobrehumana, exclamó: «¡Todos mis triunfos, porque no sean dichosos!» De pronto sintió que se hundía, bajo sus pies, el andamiaje de su artificial soberanía; y entre las carcajadas sardónicas de la multitud, aduladora poco antes, se despeñó en la oscuridad. Los cantos callaron, las luces palidecieron. Lydia se vió, con terror, en medio de un cementerio. Alzábase allí una tumba completamente nueva, y en la piedra leyó su nombre: LYDIA. Retrocedió, llena de espanto, y como alzase los ojos, vió á Raimundo y á Teresa, siempre juntos, que pasaban por el azul horizonte. Quiso lanzar un grito, pero su boca permaneció silenciosa, y le pareció que la muerte le helaba la sangre en sus venas.

Despertóse inundada por un sudor de fiebre. Amanecía apenas. Se resistió al sueño, temiendo volver á su pesadilla, y siguió reflexionando en el

lecho. Para la supersticiosa Lydia, el presagio era espantoso. Preguntóse si no tendría que renunciar á su empresa. ¿No acababa de recibir una advertencia de lo alto? Aquella joven tan poco piadosa, que nunca rezaba, creyó en una manifestación divina y permaneció, durante muchas horas, en un aniquilamiento moral completo. Estaba sin energía, sin decisión, y dispuesta á soportar cualquier voluntad que se impusiera á la suya. Si Teresa hubiera venido en aquel momento, habría conseguido todo lo que Lydia le había rehusado la víspera. Pero Teresa no vino, disipóse la obscuridad, y, con la luz, la criolla recobró todo su valor.

Avergonzóse de su debilidad, se reprochó haber cedido á aquellos temores ridículos, y se prometió hacer pagar á Teresa y á Raimundo la hora de angustia que había pasado. Para ella ya no se trataba de abandonar sus proyectos y de renunciar á su venganza. Odiaba á Raimundo un poco más, después de haberle visto, en su sueño, pasar tranquilo al lado de Teresa. ¡Tranquilo! ¿Podría estarlo jamás aquel asesino?

A esta idea, hervía la cólera en el cerebro de Lydia, y se sentía capaz de todo para hacerle sufrir. ¡Ah! ¡Ah! ¡Dejarle libre para que Teresa le consolara y acaso le hiciera dichoso! Esto no podía ser. Era preciso un inexplicable desfallecimiento de su voluntad, para que se hubiera presentado á su espíritu tal hipótesis. Cuanto más débil había sido durante algunos instantes, más implacable era ahora. No admitía que Teresa se defendiese contra ella, y, al recordar las últimas amenazas de la joven, pasaba por sus labios una sonrisa de lástima. ¡Palabras, nada más que palabras! Antes de llegar á los actos, Teresa reflexionaría. Y, en reflexionando, comprendería los peligros de su empresa. Lydia se juzgaba bien protegida contra todas las tentativas por la ternura de Raimundo. Para herirla, había que herirle á él. ¿Cómo se resolvería á ello Teresa? La criolla podía afrontar sin peligro la explicación decisiva que había aplazado su prima. Hasta podía dejar á Teresa y á Raimundo hablar libremente. La una no se atrevería á hacer conocer la verdad; y, si se atrevía, no la creería el otro.

Cuando Raimundo llegó de Beaulieu, se paseaba por el jardín. Había recorrido el *parterre* que se extendía delante de la casa, y hecho un ramo. Pero todavía no se había atrevido á llegar hasta la terraza, al pie de cuya balaustrada se encontraba la piedra que Girani escalaba para subir hasta ella. El marino no tenía nada del hombre sombrío y triste que se le había aparecido en sueños. Estaba radiante de alegría. Lydia le dejó que cogiese sus manos y que se las besara, y le dijo al ver su traje claro:

—¿Habéis abandonado el uniforme?

—¿Olvidáis que me habéis hecho prometer que dejaría el servicio á mi vuelta? Esta mañana he enviado mi dimisión..... Yo cumplo mis compromisos.

La criolla alzó los ojos hacia él con inquietud al oir aquellas palabras. Pero su rostro estaba sonriente; hablaba sin segunda intención. Lydia quiso penetrar más en el corazón de su prometido y asegurarse de que no conservaba ninguna sospecha sobre la posibilidad de su culpabilidad, y dijo:

—Por lo que me pareció comprender ayer, hoy debéis tener una entrevista con Teresa.....

Raimundo frunció el entrecejo y contestó, visiblemente molestado:

—Sí, me ha pedido un instante de conversación..... Ya sabéis que la quiero mucho y desde hace largo tiempo. Sin duda quiere pedirme algún consejo.

—Hacéis bien en quererla—dijo Lydia con aire seráfico. ¡Es tan buena y tan encantadora!..... Desde que la conozco, no la he sorprendido un mal pensamiento. Yo también la quiero con todo mi corazón.

Raimundo miró á su prometida lleno de emoción. Parecíale que un ángel intercedía por la culpable, y que Teresa, defendida por Lydia, se hacía inatacable.

—Os diga lo que quiera—añadió audazmente la criolla, y sea lo que quiera lo que os pida, concedédselo. Ella no puede querer más que cosas buenas y generosas, ó no sería la misma.

—¡Qué corazón tan bueno y tan generoso tenéis!—dijo Raimundo lleno de alegría.

Lydia pensaba: «¡Amiga Teresa, ve ahora á hablarle mal de mí: serás bien recibida! Comparará mis sentimientos con los tuyos, y no sacarás ningún partido.»

En el mismo momento, Teresa apareció en el vestíbulo. Lydia, desprendiendo su brazo del de Raimundo, después de oprimírselo dulcemente, le dijo:

—Os dejo con ella. Escuchadla como si fuera yo quien os hablara..... ¿Me lo prometéis?.....

Sus seductores ojos miraban cándidos y puros. Suplicaban. Raimundo, por ser mirado siempre de aquel modo, habría dado la tierra y el cielo. Inclinóse hacia la blanca mano que se alzaba hacia él, como para una caricia suplicante, y, embriagado, siguió con la vista el esbelto contorno de la que

amaba. Entró en posesión de sí mismo al oir hablar á Teresa.

—Amigo mío—le decía—necesitamos volver sobre impresiones dolorosas..... ¿Estáis dispuesto á ello con entera libertad de espíritu?

—Estoy dispuesto—contestó Ploerné.—¿Pero es muy necesario?

—Indispensable—declaró la joven con firmeza.—No puedo soportar que me juzguéis desfavorablemente. Por eso he exigido esta explicación decisiva..... Desde que vuestros ojos se apartan de mí con embarazo, yo no vivo..... Es preciso que recobre vuestra confianza, vuestra estimación..... Soy muy desgraciada desde hace dos días..... Esto no puede durar mucho tiempo.

Habíase animado poco á poco, sus mejillas ardían, sus ojos brillaban. Pronunció las últimas palabras con voz temblorosa y sofocada por la emoción que la trastornaba, y rompió á llorar.

—Vamos, Teresa—dijo dulcemente el marino;—sé más razonable..... No te hago ningún reproche..... Mi amistad no ha disminuído..... Te compadezco sinceramente..... El embarazo de mi mirada procedía del temor de molestarte..... Pero en mi corazón no hay ninguna severidad..... No tengo ningún derecho para juzgarte. Por otra parte, mi afecto, tan antiguo, habla en tu favor, y no descubro en mí más que piedad é indulgencia para tí.

—¡Indulgencia! ¡piedad!—sollozó Teresa..... ¿Es posible que yo oiga que vos me dirijáis tales palabras?..... ¡Esos son los sentimientos que os inspiro!..... ¡Apenas si no me despreciáis!..... Esto es bondad de vuestra parte..... ¡Cualquiera otro sería más duro!..... Pues bien; no puedo resignarme á esto..... Quiero convenceros de que no he desme-

recido..... Es preciso que me defienda, que me disculpe.

—¡Defiéndete, pobre niña!—respondió Ploerné—pero ¡ah! en cuanto á disculparte.....

Teresa hizo un gesto de desesperación.

—Y si yo os jurase que no soy culpable, que no he cometido ninguna falta.....

—No lo jures, Teresa. Si para calmarte es necesario decirte que creo lo que tú me aseguras, te lo diré.

—¡Pero no estaréis convencido!..... Obraréis de ese modo por complacencia, para no arrastrarme al extremo!..... Y no es esto lo que yo quiero..... Es preciso que os convenza, que os arranque la confesión sincera de que dais fe á mis pruebas.....

—¿A tus pruebas?.....—dijo Ploerné tristemente.—¿Qué valdrán ellas comparadas con las mías? ¿Qué será de tus afirmaciones, de tus juramentos mismos, cuando yo los pese con los hechos?..... ¿Podrás negar la evidencia?

Cogióla de la mano, y mostrándole la terraza que se extendía entre ellos, llena de sol, bajo la red de los jazmines y de las clemátidas:

—¿Estabas allí, en la cita, cuando llegué yo en lugar del que era esperado? ¿Estabas? Vamos, habla.....

Se había dejado arrebatar por un momento, irritado ante aquel insensato empeño en justificarse. Apretaba con fuerza los dedos de la joven, y con los ojos fijos en su rostro, la miraba duramente por la primera vez. Ella, con la frente inclinada y los párpados caídos como si no quisiera ver nada, ni las cosas que había á su alrededor, ni al que la interrogaba, no respondió, desesperada por tener que callarse. Soltó Raimundo su mano, y con una

voz apaciguada, en la que se notaba un ligero dejo de desdén:

—¡Ah, no puedes hablar! ¡Te ves obligada á convenir en lo que digo! A pesar de todo se impone la realidad. Ea, cesa de resistir; acepta dignamente las responsabilidades contraídas. Haciendo esto, puedes estar segura de las simpatías y del apoyo de los que están á tu lado.

Teresa abrió bruscamente los ojos y alzó la frente. La irritación de Ploerné la había hecho dueña de sí misma. Su dulzura despreciativa le hizo perder toda mesura.

—¿Estáis seguro de que, cuando me encontrásteis en aquel sitio, iba yo allí por mi cuenta?.....

Apenas dejó escapar estas palabras cuando comprendió enseguida su terrible alcance. Raimundo se puso muy pálido y miró á Teresa con una severidad que no trataba de ocultar.

—¡Hé aquí que ahora acusas para defenderte! Y si no estabas allí por tí, ¿por quién estabas?

—¿Soy sola en la casa?—balbuceó Teresa.—¿No hay aquí otras mujeres?..... ¿No podría yo tener la intención de sorprender á cualquiera de las criadas?..... En fin, ¿no es todo preferible á la horrible suposición de que soy yo la culpable?

Los labios de Ploerné se apretaron tan violentamente, que apenas si podían salir de su boca las palabras.

—No trates de engañarme. No se trataba de una criada. Tu terror al verme, tus súplicas, tu confesión..... Porque no olvides que confesaste..... Todo probaba que la situación era de las más peligrosas..... No había en esta casa más que dos personas sobre quienes pudiera pesar la sospecha: Lydia, ó tú..... ¡Oh! Ya te lo he dicho

claramente, y te lo repito, y quiero ahora que no haya más reticencias... Si te declaras inocente... es que denuncias á Lydia como culpable... ¿La una, ó la otra? ¿Ella ó tú? ¡Responde!... Tienes religión..... ¡Ante Dios..... responde!... ¿Es ella?

Estaba tan espantoso de angustia y de furor, que Teresa quedó aterrada, y exclamó:

—¡No! ¡Ella no!

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes hacerme creer?....

La joven se retorcía las manos, enloquecida de horror.

—¡Pero yo no puedo acusarme!.... Yo no he hecho nada malo!.... Nada, lo juro, ¡nada! Sino es acaso amar demasiado.....

Raimundo le preguntó rudamente:

—¿Amar, á quién?

Teresa movió la cabeza con dolor. ¿Podía decirlo, en el momento mismo en que la torturaba tan cruelmente y en que sufría aquel suplicio por su amor?

—¡Oh! ¡Jamás sabréis hasta qué punto sois injusto y cuán desgraciada soy!.... Yo os aseguro que soy inocente..... ¿No podéis creerme, á mí que nunca he mentido?....

—¡Pero comprende á tu vez—exclamó él con desesperado arrebato—que la situación es inexplicable!.... ¡Tú ó ella!.... Si te creo, la condeno.

Y añadió con un gesto de amenaza:

—En fin ¿me habéis engañado ella y tú? ¿Estoy en el error desde mi llegada?.... ¿Habéis jugado con mis sentimientos, mis esperanzas y mis creencias?.... ¡Oh! si es esto..... ¡Pero vamos á averiguarlo!....

Con toda su voz, sin cuidarse de que pudiera oirle la señora de Saint-Maurice, llamó:

—¡Lydia!.... ¡Lydia!.... ¡Venid acá!

—¿Qué vais á hacer?—preguntó Teresa.

—Poneros en presencia la una de la otra, y obligaros á decirme la verdad.

—¡No! ¡Eso no!

—¿Por qué no?—replico él rudamente. ¡Basta de fuegos fatuos, basta de mentiras!.... Sabré lo que quiero saber..... Y de lo que resulte no acuses á nadie más que á tí.

Lydia había bajado al jardín, y avanzaba hacia ellos con el paso tranquilo, la frente pura, los ojos serenos. Teresa la vió aproximarse con espanto. ¿Iba á perderse irremisiblemente? Miró á Raimundo, que estaba pálido, tembloroso y pateando el suelo con desesperada impaciencia. Dió un paso hacia él, suplicante, juntas las manos, como para rezar.

—¿Comienzas á tener miedo?....—dijo él riendo de un modo espantoso.

¡Oh, sí, Teresa tenía miedo! Hasta el fondo de su corazón helado. Miedo por él, miedo por Lydia misma. Porque adivinaba á Ploerné dispuesto á las peores resoluciones. Su mirada prometía la muerte. Le cogió por los brazos y le dijo:

—¡Despedidla!.... ¡Lleváosla!.... Pero, por favor, que no venga aquí.

—¿Temes su testimonio?

—Sí, temo su testimonio.

—¿Sabes, pues, que te reduciría á confesar?

—Creo..... sí, creo que me reduciría á confesar..... Todo lo que pido es no verla en este momento.

—¿De modo que tratabas de engañarme?

—Sí..... no trataba más que de engañaros.

Raimundo la miró un instante con tristeza, y después, en voz muy baja, como una suprema concesión de su antiguo afecto, le dijo:

—Te perdono.

La joven quiso cogerle la mano; pero él la apartó suavemente y, dirigiéndose hacia Lydia, que no estaba ya más que á algunos pasos, dejó á Teresa abrumada bajo el peso de su duro martirio, y no sintiendo, sin embargo, el haberlo aceptado. Acercándose á Ploerné la criolla, le dijo de manera que fuese oida:

—¿Se ha acabado la conferencia con Teresa? ¿Qué cosa tan grave teníais que discutir? ¿Os habeis puesto de acuerdo?

Y Raimundo, dándole el brazo, respondió:

—Estamos de acuerdo. ¡No era nada!

¡Nada! Ardientes lágrimas corrieron por las mejillas de Teresa. Dejóse caer sobre un banco de piedra; y, después de aquellas dos tentativas para salvar aquel «nada», que era su dicha y el porvenir de Raimundo, alzando su pensamiento al cielo, se resignó á sufrir.

No apareció en todo el día; y por la noche, la señora de Saint-Maurice, al tiempo de sentarse á la mesa, dijo:

—Hace un momento he tenido con Teresa una conversación muy extraordinaria. Ha ido á buscarme á mi cuarto, y me ha anunciado que, volviendo á proyectos de que, á lo que parece, os habló hace tiempo, querido sobrino, se dispone á marchar á París y á retirarse á un convento.

Reinó un profundo silencio. De pronto acudió al espíritu de Raimundo el recuerdo de aquel día en que, en el jardín del hotel de la avenida Hoche,

había hecho desistir á Teresa de entrar en religión, después de la muerte de su madre. Volvía á ver á la joven exponiéndole sus inquietudes á la idea de ver llegar á sus parientas. Parecíale oirla todavía hablando con su ingenuo acento, el aire cándido, casi como una niña. Y era ella, caída al presente, quien se alejaba. Oprimiósele el corazón. Turbóle una sorda inquietud. Se acordó de las lágrimas de Teresa, aquella misma mañana, de sus afirmaciones, de sus protestas. La sospecha de que pudiera decir verdad le rozó, haciéndole estremecerse de angustia. Alzó los ojos y vió á Lydia, radiante, virginal, adorable. Olvidó sus inquietudes y no pensó más que en amar.

—¡Ah! ¿Se mete monja?—dijo la criolla con tranquilidad.—Creo que hace bien. Tiene vocación.

—De todos modos—dijo su madre—es bien triste cosa.

Y, como el criado abría la puerta del comedor, añadió:

—Vamos á comer, hijos míos.